
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Jardín de la casa de Bruto.

Entra BRUTO.

BRUTO. ¡Hola, Lucio!—No puedo por los astros
Acertar cuánto falta para el día.
¡Hola, Lucio!—Quisiera de ese modo
Poder dormir.—¡Eh, Lucio! Presto, presto,
Que te despiertes digo.—¡Vamos, Lucio!

Entra LUCIO.

LUCIO. ¿Llamaba mi señor?

BRUTO. Un candelabro

Lleva á mi estudio, enciéndelo y avisa.

LUCIO. Lo haré, señor. (Vase.)

BRUTO. Con su muerte ha de ser; mas por mi parte
Para oponerme á él, sólo me impulsa
El bien común. ¡Pretende la corona!
Y es el caso saber hasta qué punto
Su condición se mudará con eso.
La clara luz del sol engendra al áspid.

Seamos cautelosos.—¿Coronarlot
Eso... y así, le damos — concedido —
Aguijón con que hacer el daño puede.
Achaque suele ser de quien se enoumbra
Divorciar el poder y la conciencia.
Pero nunca, en verdad, vi subyugada
De César la razón á sus pasiones.
De incipiente ambición la escala empero
Es la humildad. Lo prueba la experiencia.
El trepador para subir la mira,
Pero al llegar al último peldaño,
Le vuelve las espaldas, mira al cielo,
Y desdeña los tristes escalones
Que le encumbraron. Puede hacerlo César.
Evitémoslo antes que lo hiciere;
Y pues razón no existe por ahora,
Es forzoso argüir que al enoumbriarse
Estas desgracias surgirán y aquéllas.
Que hay que creer que es huevo de serpiente
Que dañino será cuando se incube,
Y que en el cascarón matar es fuerza.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. Arde en vuestro aposento el candelabro.
Una yesca al buscar, en la ventaña
Este papel hallé, que estoy seguro
Que allí no estaba cuando fui á mi lecho.
BRUTO. A tu lecho retorna.—Aun no es de día.—
¿Son los idus de marzo, dí, mañana?
LUCIO. Señor, yo no lo sé.
BRUTO. Pues examina el calendario y vuelve.
LUCIO. Así lo haré, señor. (Vase Lucio.)
BRUTO. Las centellas que cruzan por el aire

Bastante luz para leer me prestan
(Abre el papel y lee.)

«Bruto, duermes; despierta y sé tú mismo.
Y ¿debe Roma etcétera? Levanta
Tu voz, hiera, corrige. Bruto, duermes;
Despierta.» Instigaciones semejantes
Con frecuencia colocan á mi paso.
«Y ¿debe Roma etcétera?» Precisa
Su frase terminar. ¿Y debe Roma
Bajo el terror vivir de un hombre solo?
¿Qué? ¿Roma?—No arrojé mi antepasado
De las Romanas calles á Tarquino
Cuando se quiso rey llamar?—«Levanta
Tu voz, hiera, corrige.» Me suplican
Que levante la voz, que hiera... ¡Oh, Roma!
Si corregir se puede, te prometo
Que Bruto hará justicia á tu demanda.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. De marzo corren ya catorce días.
BRUTO. Bien. Cuida de la puerta. Llama alguno.
(Vase Lucio.)
Desde que Casio censurara á César
No he pegado los ojos.
Entre cumplir un acto tan terrible
Y mi primer impulso, el intervalo
Es cual fantasma de espantoso sueño.
El alma y mis potencias corporales
En disociación están, y así padece
Mi humano sér, como abatido reino,
Cruel revolución.

Vuelve á entrar LUCIO.

- LUCIO.** Es el que llama vuestro hermano Casio,
Que os quiera ver, señor.
- BRUTO.** Dí, ¿viene solo?
- LUCIO.** Otros vienen con él.
- BRUTO.** ¿Tú los conoces?
- LUCIO.** No señor. Embozados todos vienen;
Sus sombreros calados sobre el rostro
Para que nadie conocerlos pueda
Por sus facciones.
- BRUTO.** Pasen adelante. (Vase Lucio.)
Los conjurados son. ¿Dí, te sonroja,
Conspiración, mostrar tu faz siniestra
De noche y cuando el mal tan libre vaga?
¿Dónde entonces verás, al ser de día,
Caverna suficientemente oscura
Para ocultar tu cara monstruosa?
No la busques. Tu rostro con sonrisas
Halagador encubre, que ostentando
Tu natural semblante, ni el Erebo
Tan opaco será que te guardezca.

Entran CASIO, CASCA, DECIO, CINA, METELO
CÍMBER y TREBONIO.

- CASIO.** Perturbamos, me tomo, tu reposo.
Salud, Bruto. ¿Venimos á estorbarte?
- BRUTO.** Una hora hace que salí del lecho;
Pues no pude dormir la noche entera.
¿Son conocidos míos estos hombres?
- CASIO.** Todos lo son y á nadie ves que deje
De venerarte; y todos desearían
Que la opinión tuvieras de tí mismo
Que de tí todo noble en Roma tiene.
Este es Trebonio.
- BRUTO.** Bien venido sea.

- CASIO.** Decio Bruto.
- BRUTO.** También muy bien venido.
- CASIO.** Casca, Cína, Metelo Cíंबर ésta.
- BRUTO.** Muy bien venidos todos.
¿Qué velador cuidado se interpuso
Entré los ojos vuestros y la noche?
- CASIO.** ¿Permites que le diga una palabra?
(Bruto y Casca hablan aparte.)
- DECIO.** El Oriente es aquel. ¿Por ese lado
No rompe el día?
- CASCA.** No.
- CINA.** Sí tal. Perdona,
Esas franjas grisáceas, que guarnecen
Las nubes, mensejeras son del día.
- CASCA.** Confesaréis que estáis equivocados.
Abí sale el sol donde mi espada apunta,
Mucho más hacia el Sur, pues es preciso
Tener en cuenta la estación del año.
Dentro de un par de meses, más al Norte
Despuntará su luz. Yace el Oriente
En igual dirección que el Capitolio.
- BRUTO.** Dadme las manos vuestras uno á uno.
- CASIO.** Y jurémos cumplir nuestro proyecto.
- BRUTO.** No; no juréis. Si el soarojado rostro,
Si la angustia del alma, si el repréche
Del mundo no son móviles bastantes,
Pongámos aquí fin, y cada uno
Vuélvase en busca del ocioso lecho.
Pábulo dad al fiero despotismo,
Y calgamos después uno tras otro.
Mas si estímulos son, como los juzgo,
Si su fuego enardece aun al cobarde,
Si con la cota del valor reanima
Aun de la hembra el desmayado aliento,

¿Qué estímulo mayor, paisanos míos,
 Que nuestra propia causa, que nos lleva
 Correctivo á buscar? ¿ni qué más lazo
 Que la palabra que empeñada tienen
 Nobles Romanos que eejér no saben?
 ¿Qué juramento más que el compromiso
 De nuestra honra con la honra ajena,
 De cumplir ó morir en la demanda?
 Que juren sacerdotes y cobardes,
 Hombres astutos, viejos corrompidos,
 Y almas enfermas que en el mal se gozan.
 Que en viles causas juren esos seres
 De quienes cabe duda: no turbemos
 La serena virtud de nuestra empresa
 Ni el temple de este espíritu indomable,
 Pensando que requieren nuestra causa
 Ni nuestros actos juramento alguno,
 Pues cada gota que de sangre lleva
 Cada Romano, con orgullo tanto,
 Es culpable de sendas bastardías
 Si en la parte más mínima fallase,
 Tan siquiera una vez, á su promesa.

CASIO. ¿Qué hacer con Cicerón? ¿Lo tanteamos?
 Su auxilio puede ser de gran valía.

CASCA. No está bien excluirllo.

CINA. No por cierto.

ESTELO. ¡Oh! Contémos con él. Sus níveas canas
 Nos ganarán la estima de las gentes,
 Y comprarán las lenguas que realcen
 Nuestros actos. Dirán que su talento
 Nuestras manos guió, sin que aparezcan
 Ni nuestra poca edad ni audaz conducta,
 En su imponente calma sepultadas.

BRUTO. No le nombréis. En él no confíemos.

No seguirá jamás plan que otro inicie.

CASIO. Pues dejadlo.

CASCA. Verdad; no nos conviene.

DECIO. ¿Morirá sólo César?

CASIO. Oportuna

Es la pregunta, Decio. Marco Antonio,
 De César tan querido, no debiera
 Sobrevivir á César. En intrigas
 Es hábil; ya sabéis que tiene medios
 Y puede, aprovechándolos, dañarnos.
 Precaviéndonos, pues es conveniente
 Que á un mismo tiempo Antonio y César caigan.

BRUTO. Sangrienta por demás nuestra conducta,

Cayo Casio, creerán, tajando miembros

Después de haber cortado la cabeza.

Cual si la muerte diéramos con furia,

Y la crueldad siguiese, pues Antonio

Es de César un miembro solamente.

Ser sacrificadores es preciso,

No carniceros, Casio. Nos alzamos

Todos contra el espíritu de César;

Y del hombre el espíritu no sangra.

¡Oh, que herir al espíritu de César,

Sin lastimar su cuerpo, fuera dado!

Mas, ¡ay, que César sangrará por ello!

Matémosle, dignísimos amigos,

Con valor, no con saña. Que aparezca

Manjar para los Dioses preparado,

Y no despojo de lebreles digno.

Que nuestros corazones nos incitan,

Y que al par nos contengan, como suelen

Hacer astutos ámos cuando impulsan

Á sus sirvientes á violenta empresa.

Esto hará que parezca necesario

- El propósito nuestro, no venganzas;
Y, á la vista del público, seremos
Purgadores así, mas no asesinos.
Y, en cuanto á Marco Antonio, no os preocupe;
Hará lo que de César haga el brazo,
Cuando de César falte la cabeza.
- CASIO. Le temo yo, no obstante; que profunda
Es su amistad á César.
- BRUTO. ¡Ay, buen Casio!
No pienses más en él.—Si quiere á César,
Él hará lo que pueda por sí solo;
Morir por César de dolor: y eso
Es harto, pues le agrada divertirse,
La crápula y el trato de las gentes.
- TREBON. Temerle no debemos. Que no muera.
Que viva, y él reirá de esto más tarde.
- BRUTO. Silencio. ¡Qué hora es? (Suenan un reloj.)
- CASIO. Las tres sonaron.
- TREBON. Separarnos debemos.
- CASIO. Aun se duda.
Si César hoy saldrá. Supersticioso
Se ha vuelto últimamente, abandonando
Las creencias que tuvo en otros tiempos
Sobre prodigios, sueños y visiones.
De esta noche el espanto nunca visto,
Y la opinión de sus auguras, puede
Quizá impedir que hoy vaya al Capitolio.
- DECIO. Tal cosa no temáis; si eso pensare.
Yo le convenceré, pues aunque escucha
Con la risa en los labios que se apresan
Unicornios con árboles, y osos
Con espejos, con hoyos elefantes,
Con red leones y hombros con lianjas,
Cuando después le digo que detesta

- á todo adulator, «sí,» me responde,
Precisamente cuando más lo adulo.
Dejadme trabajar:
Dando á su humor la dirección precisa,
Yo lograré que vaya al Capitolio.
- CASIO. No tal. Todos iremos á buscarlo.
- BRUTO. Cuando dierén las ocho, ¿no más tarde?
- CINA. No más tarde ha de ser.—Que no haya falta.
- METELO. Es á César hostil Cayo Ligario,
Que reprendido fué porque á Pompeyo
Encomió; mas lo echáis ahora en olvido.
- BRUTO. Pues, amigo Metelo, vé en su buaca.
Me quiere bien, y con razón de sobra.
Dí que venga; veré de asegurarlo.
- CASIO. Va amaneciendo; te dejamos, Bruto.
Partid, amigos. Todos recordemos
Lo dicho, y demostrad que sois Romanos.
- BRUTO. Dignísimos amigos, bulliciosos
Ostentaos y alegres, no se vea
El propósito nuestro en el semblante;
Y, como nuestros cómicos romanos,
Serenidad al exterior y brío,
Y á despedirnos ya.—Salud á todos.
(Vanse todos menos Bruto.)
¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Duermas?—Nada importa.
El plácido, dulcísimo sueño
Goza del sueño. Libre de quimeras,
De fantasmas estás, con que al cerebro
Oprimen de este mundo los cuidados.
Por eso gozas sueño tan tranquilo.
- Entra PORCIA.
- PORCIA. Bruto, señor.
- BRUTO. Mas, Porcia, ¿qué te pasa?

¿Por qué el lecho abandonas tan temprano?
No es conveniente á tu salud que espongas
Tu frágil sér del alba á la crudeza.
PORCIA. Ni á tu salud tampoco: ahora dejaste
Mi lecho con desdén, y de repente
Te levantaste de la cena anoche,
Y con cruzados brazos, caviloso,
Al par que paseabas, suspiraste.
Y cuando te pregunto qué te ocurre,
En mí fijas adusto la mirada.
Insisto; mas despeinas tus cabellos,
É impaciente tu pie hiere la tierra;
Insisto aún, y nada me respondes;
Mas moviendo tu mano con enojo,
Que te deje me indicas, y eso hico,
Acrecentar temiendo tu impaciencia
Por demás encendida, y preaumiendo
Que pasajero mal humor sería.
Que en ocasiones acomete á todos.
Mas comer y dormir y hablar te impide;
Y si pudiese transformar tu cuerpo
Como te tiene trastornada el alma,
Ni aun yo pudiera conocerte, Bruto.
¿Señor, que sepa yo cuál es tu ouita!
BRUTO. No gozo de salud. Tan sólo es eso.
PORCIA. Bruto discreto es. Si no gozara
De salud, de curarse trataría.
BRUTO. Tal hago.—Véte al lecho, amada Porcia.
PORCIA. ¿Enfermo Bruto está, y es provechoso
Desceñido salir, y los vapores
Aspirar de la húmeda alborada?
¿Enfermo Bruto está, pero abandona
Su blando lecho, y el fatal cóntagio
Afronta de la noche, y desafia

La humedad y la atmósfera viciada
Para aumentar su mal?—No, Bruto mío.
En tu mente está el mal que te atormenta,
Que, por razón y por virtud del puesto
Que ocupo junto á tí, me corresponde
Conocer. Da rodillas te conjuro
Por mi beldad, que un tiempo celebraste;
Por tus votos de amor, por ese voto
Que nos incorporó; que uno nos hizo,
Que á mí, que á tí, que á tu mitad confies
La causa de tu pena. ¿Quiénes fueron
Los que á verte vinieron esta noche?—
Vinieron seis ó siete, que ocultaron
Aun de la misma oscuridad sus rostros.
BRUTO. Amada Porcia, no te postres.
PORCIA. Fueras
Mi amante Bruto, y falta no me haría.
¿En el contrato, dí, de nuestra boda,
Se dice, Bruto, que ningún secreto
Tuyo debo saber? Y ¿por ventura,
Soy yo tú, de manera limitada,
Para hacerte á la mesa compañía,
Tu lecho confortar, y hablar contigo
Alguna qué otra vez? ¿Ocupó sólo
De tu cariño, dí, los arrabales?
Si eso yo fuera y nada más, de Bruto
Porcia la dama es, mas no la esposa.
BRUTO. Tú eres mi-siel, mi honrada esposa eres,
Mas cara para mí que las rojizas
Gotas que al triste corazón ahuyen.
PORCIA. Si eso fuera verdad, yo conociera
Este secreto.—Soy mujer, lo admito;
Sin embargo, mujer que por esposa
Aceptó Bruto.—Soy mujer, lo admito;

Sin embargo, mujer de limpia fama;
 La hija de Catón.—¿Acaso piensas
 Que es mi fuerza la fuerza de mi sexo,
 Teniendo padre tal y tal esposo?—
 ¿Qué te pasa? Jamás he de decirlo.
 Pruebas ha dado ya de mi firmeza
 Cuando mi muslo herí con mano ruda.
 Y si pude aguantar eso paciente,
 ¿Por qué no los secretos de mi esposo?
 ¡Oh Dioses! ¡Digno de tan noble esposa
 Hacedme á mí! Silencio, que alguien llama.—
 Entra un momento, Porcia. Los secretos
 Que en mi pecho encerré, más adelante
 Compartiré contigo;
 Mis compromisos todos, y las causas
 Del sombrío carácter de mi rostro.
 Déjame presto. ¿Quién llamaba, Lucio?
 (Vase Porcia.)

Vuelven á entrar LUCIO con LIGARIO.

LUCIO. Un enfermo, señor, que hablarte quiere.
 BRUTO. Cayo Ligario, de que habló Metelo.—
 Muchacho, aparta. Ven, Cayo Ligario.
 LIGARIO. Deja á mi débil lengua saludarte.
 BRUTO. ¿Qué tiempo has escogido, noble Cayo,
 Para gastar pañuelo! No quisiera
 Enfermo verte.
 LIGARIO. Si entre manos Bruto
 Algún asunto tiene de honra digno,
 Ha cesado mi mal.
 BRUTO. Ligario, tengo
 Tal asunto entre manos; si tuvieses
 Salud para escucharlo, lo sabrías.
 LIGARIO. ¡Juro á todos los Dioses que veneran

De hijos los Romanos, que depongo
 Aquí mi enfermedad! Alma de Roma,
 Tú de nobles ijares hijo bravo,
 Cual exorcista á conjurar llagaste
 De mi espíritu el mal. Dime que corra,
 Y me verás luchar contra imposibles,
 Y vencerlos también.—¿Qué debe hacerse?
 BRUTO. Obra en que han de sanar muchos enfermos.
 LIGARIO. ¿Y en que hemos de enfermar á algunos sanos?
 BRUTO. Eso, también. Buen Cayo, lo que sea
 Te diré de camino que marchemos
 Y contra quién será.
 LIGARIO. Mis pasos guía.
 Con corazón recién enardecido
 Te sigo no sé á qué, pero me basta
 Ser guiado por Bruto.
 BRUTO. Pues bien, sigue. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.—En el palacio de César.

Truenos y relámpagos.—Entra CÉSAR en traje de noche.
 CÉSAR. Esta noche ni el cielo ni la Tierra
 Han gozado de paz. Mientras dormía,
 Ha gritado Calpurnia por tres veces:
 «¡Favor, que á César matan!» Entre alguno.
 Entra un SIRVIENTE.
 SIRVIENTE. ¡Señor!
 CÉSAR. ¡Dí que los sacerdotes sacrifiquen.

Y sepa yo cuál es el resultado.

SIRVIEN. Así lo haré, señor. (Vase.)

Entra CALPURNIA.

CALPUR. César, ¿qué vas á hacer? ¿Salir intentas?
Lo que es hoy, de tu casa no te mueves.

CÉSAR. César saldrá: Tan solo mis espaldas
Han visto los que á mi me amenazaron;
Al ver de César el semblante huyeron.

CALPUR. Nunca en presagios he creído, César,
Pero me aterrorizan hoy. Cuenta allí uno
Que á más de lo que vimos y sabemos,
Los guardias vieron horribidas visiones.
Ha parido en la calle una leona,
Y se abrieron las tumbas y sus muertos
Vomitaron. Guerreros, encendidos
En cólera, lucharon en las nubes
En filas y escuadrones, y formados
Como dispone el arte de la guerra,
Y ha regado su sangre el Capitolio.
Rumor de lucha estremeció los aires,
Y se oyeron relinchos de corceles,
Y ayes de moribundos, y fantasmas
Gritos dieron y aullidos por las calles.
¡Oh César! son inusitadas cosas
Que de terror me llenan.

CÉSAR. ¿Quién evita
Lo que los altos Dioses se proponen?
Pero César saldrá; que estos presagios
Al mundo entero como á César hablan.

CALPUR. Cometas no se ven si muere un pobre,
Más la muerte del grande el cielo alumbrá.

CÉSAR. Antes de hallar la muerte, los cobardes
Mueren veces distintas; los valientes

Sólo una vez la muerte saborean.
La maravilla que mayor asombro
A mí me causá, es del mortal el miedo,
Pues la muerte vendrá, cual sin preciso,
Cuando venga.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE.

¿Qué dicen los augures?

SIRVIEN. Pretenden que no salgas hoy de casa.
Al sacar las entrañas de una ofrenda,
Sin corazón al animal hallaron.

CÉSAR. Así avergüenzan al pavor los Dioses.
Bestia sin corazón César sería
Si hoy, por temor, permaneciera en casa.
No lo hará César. El peligro sabe,
Por demás, que el peligro grande es César.
Somos leones que en el mismo día
Nacimos, yo el mayor y el más terrible,
Y César saldrá, pues.

CALPUR. ¡Ay, dueño mío!
Tu confianza tu razón nubla.
No salgas hoy. Mi miedo, no tu miedo
Considera que en casa te detiene.
Mandemos al Senado á Marco Antonio,
Y que te encuentras indispuerto anuncie.
Déjame de rodillas convencerte.
CÉSAR. Marco Antonio dirá que mal me encuentro,
Y para complacerte, quedo en casa.

Entra DECIO.

Decio Bruto aquí está. Que él se lo diga.
DECIO. César, salud. Buen día, digno César.
Al Senado pretendo acompañarte.

CÉSAR. Vienes á buena hora. Mis respetos

Lleva á los senadores, y les dices
Que ir hoy no quiero—que no puedo es falso;
Que no me atrevo á ir, más todavía.
Que ir hoy no quiero, Decio, así les dices.

CALPUR. Diles que enfermo está.

CÉSAR. ¿Mentirlos César?

¿Va á ser el resultado de extenderse
Tan lejos este brazo en la conquista,
Temer decir lo que es verdad á canas?
Que César ir no quiere diles, Decio.

DECIO. Dáme alguna razón, César potente,
No se burlen de mí si tal les digo.

CÉSAR. Es la razón mi voluntad, y basta
Con decir al Senado que no quiero;
Mas á tí te diré, porque lo sepas,
Y porque á tí te estimo, que Calpurnia,
Mi esposa, en casa detenerme quiere.

Esta noche soñó que vió mi estatua,
Cual fuente de cien bocas, pura y roja
Sangre manar, y que después vinieron
Numerosos Romanos eminentes
Allí risueños á bañar sus manos.

Y todo esto cual aviso juzga
De inminentes peligros, y de hinojos
Ahora me ruega que me quede en casa.

DECIO. Ese sueño fué mal interpretado.
Fué visión halagüeña y venturosa.
Tu estatua dando sangre, en que se bañan
Risueños los Romanos, significa
Que regenerará tu sangre á Roma,
Y que, como reliquias y recuerdos,
Querrán los que más valgan recogerla.
Esto nos dice el sueño de Calpurnia.

CÉSAR. Y muy bien que lo explicas de ese modo.

DECIO. Sí tal; y más si escuchas lo que sigue.
Sábelo, pues:—Al poderoso César
Hoy el Senado brinda la corona.
Si dices que no vas, mudar consejo
Pudieran; ó, quizás, tomarlo á burla,
Que alguno interpretar así podría:
«Disolved el Senado, hasta que sueños
Más gratos tenga la mujer de César.»
O afirmarán, si así César se esconde,
Que César miedo tiene.

Perdona, César; el cariño mío
Contra tu proceder á hablar me obliga,
Pues mi cariño á mi razón se amolda.

CÉSAR. ¡Cuán necios ya parecen tus temores,
Calpurnia! Me avergüenza haber cedido.
Venga mi manto, que ir es fuerza.—Mir.
Allí para llevarme Publio viene.

Entran PUBLIO, BRUTO, LIGARIO, METELO, CASCA,
TREBONIO y CINA.

PUBLIO. César, salud.

CÉSAR. Muy bien venido, Publio.
Hola, Bruto, también así madrugas?
Casca, salud. Cayo Ligario, César
Nunca tan grande enemistad te tuvo
Cual la fiebre que así te ha enflaquecido.
¿Qué hora dió?

BRUTO. César, son las ocho dadas.

CÉSAR. Vuestro interés aprecio y cortesía.

Entra ANTONIO.

¡Ved! Antonio traspasó la noche y se divierte,
Mas madruga también. Salud, Antonio.

ANTONIO. Lo propio al noble César.

CÉSAR. Vé; díles que se alistén.

De que así me esperéis la culpa es mía.
¡Cina! ¡Metelo! ¿Qué? ¿También Trebonio?
Una hora te tengo reservada
Para que hablemos. Luégo ven á verme,
Y á fin que no lo olvide, ponte cerca.

TREBON. César, sí tal. (Aparte.) Tan cerca, que más lejos
Tus mejores amigos me querrian.

CÉSAR. Entrad, amigos: libaremos juntos,
Y, cual amigos, juntos partiremos.

BRUTO. (Aparte.) Ese cual no es cual es. ¡Pensarlo, César,
Hace estallar el corazón de Bruto! (Vanse.)

ESCENA III.

Roma.—Una calle cerca del Capitolio.

Entra ARTEMIDORO leyendo un papel.

ARTEMID.—«César, guárdate de Bruto; cuidate de Casio; no te acerques á Casca; no apartes tus ojos de Cina; no te fíes de Trebonio; observa atentamente á Metelo Cimber; Decio Bruto no te quiere. Has ofendido á Cayo Ligario. Un solo pensamiento domina entro estos hombres, y se dirige contra César. Si no eres inmortal, vela por tí. La seguridad facilita la conspiración. Los prepotentes Dioses te amparan.—Tu amigo, ARTEMIDORO.»

Aquí me quedo basta que César pase,
Y esto le doy cual si una instancia fuese.
Mi corazón lamenta que no pueda
Existir la virtud sin que le alcance

El diente de la envidia.—César, puedes,
Si esto lees, vivir; ó pacto el hado,
Si no, con los traidores ha formado. (Vase.)

ESCENA IV.

Roma.—Otra parte de la misma calle. Ante la casa de Bruto.

Entran PORCIA y LUCIO.

PORCIA. Corre, corre, muchacho.—Te lo ruego.
Al Senado vé tú. No te detengas
A responderme. Vélo.—¿A qué te paras?

LUCIO. Para saber, señora, mi mensaje.

PORCIA. Quisiera que te fueses y volvieses
Aun antes de decirte lo que quiero.
¡Oh firmeza, protégeme! Coloca
Entre mi lengua y corazón un monte.
De hombre es mi alma, de mujer mi fuerza.
¡Y es arduo á la mujer guardar secretos!
¿Aún aquí estás?

LUCIO. ¿Qué debo hacer, señora?

PORCIA. Al Capitolio ir.

LUCIO. ¿Y eso tan solo?

PORCIA. Y aquí luego volver. ¿Y eso tan solo?

PORCIA. Avísame, muchacho, si tu amo
Se encuentra bien, porque salió indispuerto.
De lo que César haga toma nota.
Mira qué pretendientes se le acercan.
Oye, ¿qué ruido es ese?

LUCIO. No oigo nada.

PORCIA. Oye. Pon atención. Cual de un tumulto
Oigo el sordo rumor. Hasta este sitio

Del Capitolio lo conduce el viento.

LUCIO. Nada oigo yo, señora.

Entra un ADIVINO.

PORCIA. Oye tú; ven aquí. ¿Dónde has estado?

ADIVINO. ¿Yo, señora? en mi casa.

PORCIA. ¿Qué hora es esta?

ADIVINO. Serán sobre las nueve.

PORCIA. ¿Al Capitolio, díme, llegó César?

ADIVINO. Aun no. Me voy para ocupar mi puesto,
Y verle cuando llegue al Capitolio.

PORCIA. ¿Alguna pretensión tienes con César?

ADIVINO. Sí señora. Si gusta, complaciente,
César servir á César y escucharme,
Le diré que á sí propio se defienda.

PORCIA. ¡Qué! ¿sabes si dañarle quiere alguno?

ADIVINO. Nada sé con certeza; mucho temo.
Pasadlo bien. Se estrecha aquí la calle.
Las turbas, que de César tras las huellas
Siguen de senadores y pretores
Y meros pretendientes, al que es débil
Pueden, quiza, matar como lo estrujen.
Voyme á sitio más ancho, desde donde
Pueda hablar al gran César cuando pase. (Vase.)

PORCIA. Entremos. (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡cuán débil cosa
De la mujer el corazón! ¡Oh! Bruto,
Que te amparen los cielos en tu empresa.
El muchacho me oyó seguramente.—
Es una pretensión que tiene Bruto
Que le rehusa César.—Desfallezco.
Corre, Lucio. Recuérdame á tu amo.
Díle que alegre estoy. Ven luego á verme,
Y nuevas me traerás de lo que diga.

(Vanse separadamente.)